

Veinticinco años después

Manuel Núñez Nava

para Luis Ignacio Sáinz
y Hernán Lara Zavala

CASA DEL TIEMPO, DIGO, y las palabras “casa” y “tiempo” estallan en una grata sucesión de imágenes. Inevitablemente pienso en Elvira Gascón y su incurable y divina locura, en su nobleza castellana y su generosidad sin límites, en las re / velaciones de su línea, tan grácil y aérea, tan sensual y marmórea. “Grecia y Picasso –declara– es decir, dos veces Grecia”, refiriéndose a sus grandes predilecciones, que suma a su pasión por la poesía, a su enorme genio para bucear en un verso y emerger triunfante con la rara perla o con girones de algas, *harapos del traje de las sirenas...*

Pienso en Natalia Rojas Nieto y su belleza contundente, en su amable sonrisa, en su firme carácter, en su trabajo perseverante y delicado. Ella me regala el Cartel de Poesía, que cristaliza secretas fantasías mías. Ella descubre la casona de Medellín 28, que Carlos y Roberto Velázquez convierten en la Galería Metropolitana, inaugurada en un festín rumboso con whisky de *carita* y bocadillos de Mayita por don Rufino Tamayo y su inseparable Olga. “Cásate con Natalia –me aconseja Ledo Ivo–, será la perfecta madre de tus hijos”. Ledo no sabe que eso es lo último que podría pasar por la mente de la hermosa Natalia...

Circunspectos y puntuales, Marlene Rall y Alberto Vital, a manera de presentación, se ocupan de las cartas de Hölderlin a su amigo Neuffer, a su amada Susette Gontard –Diótima– y a Goethe, a propósito de *Iduna*, un proyecto de revista literaria, de arte y cultura general, cuyo carácter aspiraba a ser, a grandes rasgos, *el carácter de la humanidad...*

Me veo en el viejo barrio de Santa Catarina en Coyoacán, entrando en la casa de don Salvador Elizondo para afinar –entre pilas de libros– los detalles de la edición de su versión de *Los caracteres de la escritura china como medio poética*, de Fenollosa y Pound... Pienso en Guillermo Serret y la *Nueva dramaturgia mexicana*; en Víctor Hugo Rascón Banda, valor indiscutible de nuestra literatura dramática y paladín de las causas mejores, y en *Los ilegales*, que aparece en la serie Molinos de Viento; en don Héctor Azar –que siempre me distingue con su amistad– y su fidelidad eterna a Proust...

José Martínez Torres bebe innumerables tazas de café y fuma sin descanso en largas horas de trabajo editorial y, en su juvenil candor, se abandona al estremecimiento febril de la creación literaria. Doña Leonor Tejada se obsesiona con la propiedad del lenguaje, en cualquier idioma, y examina un texto hasta encontrar el *sentido puro e irisado*, hasta dejarlo perfectamente pulido, como una piedra translúcida...

Don Fernando Salmerón brinda apoyo incondicional al proyecto de Carlos, y Rolando Guzmán y Alberto Trejo lo traducen en hechos, salvando obstáculos y barreras burocráticas... Fernando Solana Olivares me confía las primicias de su novela. Bernardo Ruiz –mi entrañable *Banderas*– inaugura nuestros suplementos con su impecable traducción de la *Estética generalizada* de Caillois. Humberto Guzmán se desespera porque el trabajo en la oficina le impide avanzar en su ahora abundante narrativa. Su excelencia, el maestro Hugo Gutiérrez Vega –seductor, políglota, diplomático, trotamundos, cómico de la legua, íntimo de Pitol y Monsiváis, devoto de doña Borola Tacuche de Burrón, simultáneamente jalisco y queretano, guía y cómplice mío en aquella otra aventura memorable, Material de Lec-



tura, y otros mil y un etcéteras– nos envía poemas desde Madrid. Mariano Flores Castro se ocupa de Ernst Jünger. Gustavo Sáinz nos habla de *tlaxochímac*, el noveno mes del calendario azteca, en una entrega adelantada de su novela *Los fantasmas del Templo Mayor*. Vladimiro Rivas Iturralde traduce la “Oda a un ruiseñor”, de Keats:

Mi corazón se aflige, y un ensueño atenaza
mis sentidos, como si hubiera un tósigo apurado
o fumado hasta las heces algún opio oscuro
hace un momento, y hundido me hubiese
en las aguas del Leteo...

Pienso en el helicóptero de Pink Floyd –“Teachers, leave the kids alone!”–, en Lucha Villa y mi vieja casita de Tlalpan, *al pie de la montaña*, con su veranda, sus mosaicos multicolores y su vista a las Fuentes Brotantes, que heredé de *Bilo Sheridan*, cuyo afecto, sin embargo, nunca pude conquistar. Vienen a encontrarme el licenciado Rafael Montiel, que se embarcó conmigo en imposibles empresas editoriales, y mis perros setter inglés, Ryp y Chica, de un *rojo unánime*, hermosos, juguetones, *entendidos* y obedientes...

Pienso en mi hermano el doctor Carlos Montemayor, eje y motor de la aventura, a quien conocí en la facultad, casi un adolescente, con una Biblia bajo el brazo, *todo de negro hasta los pies vestido*, hablando de Homero y de Virgilio, de Dante, de Pound, de Eliot, de Huidobro, de Borges y Lugones, de Cuesta y Pessoa, de Vallejo y Neruda, como quien habla con su hijo de la diferencia que existe entre un persimonio, un durazno y una ciruela. Viene también a mi memoria una lejana noche del año 72, cuando en la casa de Alfonso Reyes, flanqueado por Pellicer, Paz y Sabines, recibió el Premio Xavier Villaurrutia por su primer libro, *Las llaves de Urgell*...

Hoy muchos –*jamás pensé que fueran tantos*– se han ido. El mundo ha dado vuelta y vuelta y media. La ciudad, el país, son otros. Soy –sigo siendo– un poeta disperso, inédito, desvalido y casi destripado, un pintor desconocido que sigue peleándose con la vida. Mis piernas fallan. Mi pelo es casi blanco... Pienso en la cábala, en el significado de la letra hebrea *b (bet)*, “casa”, y en los tiempos innumerables que han confluído en mí y en este espacio abierto, en las muchas manos y visiones que han nutrido este sueño, que han mantenido firme y fuerte esta *casa*, este bastión que sigue en pie veinticinco años después. ¡Salud!•